



bam
bú

AMÉRICA

Philippe Nessmann

EN LA OTRA PUNTA DE LA TIERRA

La vuelta al mundo de Magallanes

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 2006 Éditions Flammarion para el texto
y las ilustraciones

© 2008, Editorial Casals, S.A.

Tel.: 902 107 007

www.editorialbambu.com

www.bambulector.com

Título original: *À l'autre bout de la Terre. Le tour du monde de Magellan*

Ilustración de la cubierta: François Roca

Traducción: Jesús Ballaz

Créditos fotográficos del Cuaderno Documental:

Página 1: Getty Images/Hulton Archive; página 6: Getty Images/Hulton Archive, Archivo Iconográfico S.A./Corbis; Página 7: Sotheby's/akg-images; página 12: Stapleton Collection/Corbis; página 13: Bettmann/Corbis; página 14: Getty Images/Hulton Archive; página 15: The Mariners' Museum/Corbis; página 16: Getty Images/Hulton Archive.

Ilustraciones del Cuaderno Documental:

Sylvain Bourrières (páginas 2/3, 4/5, 8/9, 10/11).

Primera edición: mayo de 2012

ISBN: 978-84-8343-230-3

Depósito legal: B-13.900-2012

Printed in Spain

Impreso en

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de los titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Repográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 445).

Índice

Preámbulo	9
Dos o tres cosas que hay que saber antes de hacerse a la mar	
Capítulo uno	15
Yo, Antonio Pigafetta, caballero de Malta...	
Encuentro con Magallanes	
Donde se trata de convencer	
Capítulo dos	27
La gran partida	
Los mareos	
Descubrimiento del <i>Trinidad</i> y de sus ocupantes	
Capítulo tres	45
¿Pero adónde vamos realmente?	
Dos misteriosas misivas	
¡Rebelde a bordo!	
Capítulo cuatro	63
Escala en Brasil	
Los marineros se lo pasan en grande	
Magallanes bajo otro prisma	

Capítulo cinco	75
A la búsqueda del paso	
¡Vaya pájaros!	
Cuando el frío aumenta, los espíritus se caldean	
Capítulo seis	91
El gran motín	
La astucia del capitán	
Un castigo ejemplar	
Capítulo siete	107
Esperando el fin del invierno	
Encuentro con unos gigantes	
Solo cuatro navíos	
Capítulo ocho	121
Magallanes duda	
¿El descubrimiento del paso?	
Solo tres navíos	
Capítulo nueve	137
Un océano llamado <i>Pacífico</i>	
Comer ratas	
El escorbuto y la muerte	
Capítulo diez	157
En la otra punta del mundo	
Comerciar y hacer cristianos	
Cebú, la isla donde todo fue un éxito	
Capítulo once	175
El último combate de Magallanes	
¡Atrapados en la trampa!	
Solo dos navíos	

Capítulo doce	193
Perdidos en las islas	
¡Las especias, por fin!	
Un solo navío	
Capítulo trece	213
El espantoso regreso	
Elogio de Magallanes	
La última misión del caballero Pigafetta	
Epílogo	225
¿Qué ha sido de ellos?	

Preámbulo

Yo, Antonio Pigafetta, caballero de Malta...

Encuentro con Magallanes

Donde se trata de convencer

Yo, Antonio Pigafetta, caballero de Malta, de veintiséis años de edad, después de haber leído todos los libros sobre las maravillas del mundo, he decidido ir a contemplar con mis propios ojos parte de todas esas cosas.

Habiendo oído que en la ciudad española de Sevilla había una flota de cinco navíos presta para un largo viaje, me presenté allí en el mes de mayo de 1519.

El sol todavía no estaba sobre el horizonte y la ciudad aún dormía, cuando salí del albergue con un pergamino enrollado en la mano. Caminé cerca de la catedral, recién acabada de construir después de cien años de trabajo, y avancé con paso firme por las amplias calles en las que se alineaban grandes casas blancas. Tras los altos muros de los palacios, adiviné los apacibles patios y los jardines poblados de palmeras, naranjos y buganvillas.



Mis pasos solitarios resonaban sobre el adoquinado.

Conforme me acercaba al río, las calles se estrechaban, y las casas estaban más sucias y desconchadas. Bajo los porches de las iglesias dormitaban los mendigos. Resonaron unos pasos a mi espalda. Con mis calzones y mis medias de gentilhombre, no pasaba inadvertido en aquel barrio miserable. Apresuré el paso; quien me seguía, también.

—¿Buscáis algo, señor? —me preguntó una voz.

Me volví y vi a un muchacho de unos quince años, desgreñado, con la cara sucia, andrajoso y descalzo. No tenía pinta de mala persona.

—No —le respondí—. O tal vez sí. Busco los navíos del señor Magallanes. Son cinco naves que están a punto de partir para las Indias.

—¿Cinco navíos? Sí, sí, ya lo sé. Seguidme.

Fuimos hasta el río y seguimos hacia arriba por su orilla. El muchacho me contó que se llamaba Pablo, que era huérfano y que vivía en la calle. Recorrimos callejuelas llenas de basuras que los perros husmeaban. Pablo me dijo que no tenía dinero para vivir. Tras las ventanas de las plantas bajas, entreveía sombrías caras que nos observaban. Me di cuenta entonces de que iba siguiendo, como un insensato, a un desconocido en una ciudad desconocida. Me estaba metiendo en boca del lobo...

Me disponía a dar marcha atrás cuando, a la salida de una calle, vi cinco veleros negros amarrados en la ensenada del río que alzaban sus mástiles hacia el cielo.



–¡Los navíos para las Indias! –exclamó mi joven guía.

Aliviado, saqué unas monedas de plata, le di una y volví a guardar las otras en el bolsillo.

–¡Os acompaño! –declaró atropelladamente después de obtener la moneda.

Los veleros, que los marineros llaman *naos*, medían unos treinta pasos de largo y estaban dotados de tres mástiles. A pesar de ser tan temprano, decenas de hombres trabajaban ya. Un verdadero hormiguero: los carpinteros llevaban tablones, los porteadores embarcaban barriles, los marineros ataban a los mástiles diferentes tipos de cordajes, cuyo nombre no recuerdo porque no soy marino.

–¿En qué navío puedo encontrar al capitán Magallanes? –pregunté a mi guía al llegar al muelle.

–No lo sé. Aquí os dejo... ¡Adiós, señor!

–Adiós y...

Pero ya había desaparecido entre los carpinteros, marineros y porteadores.

Me acerqué a un ceñudo soldado de uniforme, con casco y mosquete.

–¿Sabéis por casualidad dónde podría encontrar al señor Magallanes?

–Sí que lo sé, pero vos no podéis verle.

No le pregunté el motivo; ya lo sabía. En el albergue, el tabernero me había contado todo el incidente; un asunto que había levantado una gran polvareda semanas antes en los muelles de Sevilla.



En primer lugar hay que saber –es importante conocerlo– que Fernando de Magallanes es portugués. Es un gran navegante y un gran soldado que ya ha prestado muchos servicios a su país. Un día pidió a su rey, Manuel de Portugal, grandes responsabilidades y un aumento de paga. El rey se lo negó. Ofendido, Magallanes le pidió autorización para abandonar Portugal y ofrecer sus servicios a otros soberanos. El rey aceptó.

Así fue como el navegante llegó aquí, a España, con un proyecto para el joven rey Carlos I, futuro Carlos V. El proyecto era este: según Magallanes, el trayecto más corto para llegar a las islas de las Especias es por el oeste, por América. A su parecer, al sur de América hay un paso que conduce al océano donde están enclavadas dichas islas. Y siempre según él, están situadas en la mitad del mundo perteneciente a los españoles.

Ignoro de dónde sacó todo eso, pues nadie ha llegado jamás a las islas de las Especias yendo hacia el oeste. Pero el rey de España lo escuchó con atención. Convencido de que su país se iba a enriquecer en detrimento del vecino Portugal, Carlos V ordenó poner a disposición de Magallanes cinco veleros, los que estaban amarrados en Sevilla.

Dicho esto, he aquí el asunto que armó el gran revuelo en los muelles. Un día, mientras curiosos y obreros se agolpaban alrededor de los navíos, un grito resonó entre la multitud:



—¡Mirad allá arriba!

Un hombre señalaba con el dedo el mástil del navío de Magallanes. En su punta ondeaba una bandera que no era la de España.

—¡Una bandera portuguesa!

Pronto el rumor recorrió la multitud. ¿Cómo era posible? ¿Magallanes, a quien España había acogido, a quien España había confiado cinco navíos y el mando de una expedición, ese hombre osaba ondear una bandera de Portugal?... Era un traidor. ¡Un traidor!

Los rugidos de cólera llegaron hasta el oficial del puerto, que salió al paso de Magallanes y le ordenó que retirara la bandera. El navegante le explicó que no había mandado izar la bandera con los colores de Portugal, sino su propia insignia con sus colores. Como noble y como capitán tenía ese derecho; por tanto, se negó a retirar las banderas. El oficial del puerto no quiso escucharlo y ordenó a los guardias que lo hicieran. El altercado se convirtió en una batalla campal durante la cual un marino recibió una cuchillada.

Más tarde, apaciguados los ánimos, Magallanes descubrió la clave de la historia: el hombre que había originado la revuelta era un agitador enviado por el rey... de Portugal. Este acababa de comprender que nunca debió haber dejado marchar al navegante, porque, si la expedición llegaba a las islas de las Especies, España se enriquecería muchísimo. De manera que el soberano portugués lo intenta-



ba todo para hacer fracasar el proyecto, creando trabas y haciendo pasar a Magallanes por traidor.

Antes de su partida, la expedición ya tenía enemigos.

Tras este incidente, los guardias custodiaron los navíos.

Tendí al rudo soldado el pergamino que llevaba en la mano desde que salí del albergue.

—¡Mirad!

Le echó una ojeada, frunció el ceño e interpeló a un muchacho que pasaba por allí.

—¡Tú! —le dijo con fuerza para demostrarle quién era él—, acompaña a este gentilhombre ante el capitán general.

El joven me dedicó una amplia sonrisa; le faltaba un diente de arriba. Y como ya debía de tener doce o trece años, deduje que no era un diente de leche que se le había caído, sino un diente roto.

Trepamos por una pasarela que llevaba a uno de los navíos. Fui recibido en cubierta por un concierto de extraños ruidos, de golpes de mazo, de garlopas que limaban, de aullantes órdenes, de canciones para darse ánimo. Mientras prestaba atención para no enredarme los pies entre las jarcias que obstruían la cubierta, pensaba en lo que le iba a decir al señor Magallanes.

El muchacho me llevó hacia la parte trasera del navío, a una construcción de madera elevada que los marineros llaman *castillo*. Entramos —el interior estaba oscuro y el techo era muy bajo— y avanzamos hacia una puerta cerrada.

—Es aquí —dijo el joven antes de marcharse.



–Espera, tengo algo para ti...

Metí la mano en el bolsillo pero... lo tenía vacío. Alguien me había robado las monedas. Seguramente Pablo, mi primer guía. No era una fortuna, pero me resultaba enojoso. ¡Y el sinvergüenza ya estaba lejos!

–No, nada –le dije muy molesto.

–No importa –me dijo el pilluelo, lanzándome otra desdentada sonrisa.

Llamé a la puerta. Abrió un hombre. En la penumbra, no le vi la cara sino su inmensa silueta. Así era como yo había imaginado a Magallanes: tan corpulento como grandes eran sus hazañas.

Con el corazón palpitando fuerte, le entregué el pergamino.

–Me gustaría hablar con vos.

–¡Esperad! –ordenó con voz grave.

Se alejó y volvió instantes más tarde.

–¡Venid!

–Gracias, señor.

Lo seguí y, una vez en la habitación iluminada, descubrí su rostro. Tenía el mentón lampiño, la piel oscura, la nariz chata y los ojos oblicuos. No era Magallanes; era un joven de las Indias, sin duda un sirviente. Me sentí muy confuso. Me acompañó a una mesa cubierta de papeles donde estaba sentado un hombre.

–Soy el capitán general Fernando de Magallanes –dijo levantándose.



Se acercó a mí rengueando ligeramente. Era bajito, muy bajito, y de piel morena, muy morena. Su tupida barba ocultaba la mitad de su rostro. Un rostro chupado, con pómulos salientes y ojitos hundidos. Un semblante severo, duro, cerrado, como labrado por tempestades y sufrimientos. Este hombre de treinta y ocho años había vivido tanto que aparentaba tener diez más.

A su lado, yo, que parecía que no había vivido casi nada en mis veintiséis primeros años, aparentaba dieciséis.

—Me llamo Antonio Pigafetta. Soy caballero de Malta, nacido en la ciudad italiana de Vicenza. Trabajo en Barcelona para monseñor Francesco Chiericati, embajador del Papa en España. La carta de presentación que os he dado es suya. He venido a veros, señor Magallanes...

—¡Capitán general Magallanes!

—Perdón... He venido a veros, capitán general Magallanes, porque desearía participar en la expedición que estáis organizando.

—¿Eres marino?

—No.

—¿Soldado? ¿Artillero?

—No.

—¿Barbero? ¿Carpintero?

—No.

Volvió a sentarse y se sumergió en sus papeles. Estaban llenos de números, referentes sin duda a cantidades, tal vez cantidades de víveres que habían de llevar para el viaje.



–¿Por qué queréis venir conmigo? –preguntó sin levantar la vista.

–Para ser noble no basta tener sangre de gentilhombre: hacen falta gloriosas hazañas. Mis antepasados han sido valientes soldados, escritores y eruditos muy útiles a la república de Venecia. Yo también quiero hacerme merecedor del título de caballero. Soy curioso, quiero conocer el mundo tal como es y no tal como lo cuentan.

–Todo eso está muy bien, pero sin duda ignoráis que el viaje durará dos años y que nadie está seguro de volver...

Hablaba español con un fuerte acento portugués. A veces, tenía que buscar las palabras.

–Lo sé –respondí con todo el aplomo de que fui capaz– y acepto el riesgo. Quiero partir con vos.

–Pero ¿para qué os necesito? –soltó sin levantar la vista–. No sois marino ni soldado. ¿Para qué servís?

Tragué saliva y comencé la perorata que tan cuidadosamente había preparado en el albergue.

–Hablo varias lenguas y, sobre todo, sé escribir; seré el cronista de a bordo. Hablaré día por día de las regiones que descubráis, los combates que dirijáis, las tempestades que venzáis. ¿Qué vale una hazaña, si nadie la cuenta? ¡Se olvida! A Marco Polo se lo recuerda dos siglos más tarde porque dictó sus memorias y se escribieron en un libro...

Magallanes levantó la cabeza y me observó con sus hundidos ojitos.



–Si me lleváis –insistí–, os prometo contar fielmente vuestras hazañas para que tanto el rey como sus súbditos, las gentes de hoy como las de los siglos venideros, todos conozcan lo que habéis hecho.

Se quedó un instante en silencio y después se dirigió a su sirviente indio:

–¡Enrique, acompaña a este gentilhombre!

Este me dirigió una inexpresiva mirada.

–Embarcaréis en mi navío, el *Trinidad*. Concretad los detalles prácticos con el intendente. Salimos de aquí a tres meses.

Se sumergió en los papeles.

Al salir del camarote, en el oscuro pasillo que conducía a la cubierta me asaltó una duda; era incapaz de decir, a fin de cuentas, si la noticia me alegraba.

Yo, que solo conocía de la vida el calor de los palacios, el aroma de los banquetes, la dulzura de mi oficio y los mullidos lechos, ¿tenía de verdad ganas de abandonarlo todo para seguir a un frío capitán perseguido por portugueses revanchistas? ¿Tenía ganas de experimentar el hambre, la enfermedad, las tempestades y quizás la muerte?

Un viejo proverbio me vino a la memoria: «Si quieres aprender a rezar, hazte a la mar».

¿Era esto lo que yo quería?

